

LA PROFESIÓN VA POR DENTRO

Aspiraciones, Límites y Fracazos de la vida adulta

Galo Bilbao Alberdi




2016

” Algunas veces, en nuestra vida personal y profesional, podemos llegar a sentir frustración, especialmente al darnos cuenta de que “no podemos con todo”. Esta sensación se hace mas aguda en la vida adulta, cuando nuestras limitaciones y fracasos se manifiestan con mayor contundencia. El tema que abordamos aboga por reconocer y aceptar esos límites, no como puntos de llegada, ni como estaciones derrotistas, acomodadas o de evasión ingenua, sino como nuevas posibilidades de partida, como terreno abonado en el que algo puede crecer.

Zaragoza 19 de Junio de 2015

Galo Bilbao Alberdi

**La profesión va por dentro:
Aspiraciones, Límites y Fracasos de la Vida Adulta**

Galo Bilbao Alberdi

Licenciado en Filosofía y doctor en Teología. Profesor de Ética en la Universidad de Deusto, integrante de su Centro de Ética Aplicada.

Delegado Diocesano de Evangelización y Catequesis, miembro del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao y de Profesionales Cristianos. Ha sido integrante de diversas entidades e iniciativas por la paz en el País Vasco. Sus publicaciones abordan la ética profesional, la educación para la paz y la ética política.



Profesionales Cristianos

**La profesión va por dentro:
Aspiraciones, Límites y Fracasos de la Vida Adulta**

1. INTRODUCCIÓN	4
2. ANALIZAR Y EVALUAR	6
Imperfecciones	7
Reconocer la imperfección	
Es lo plenamente humano	
Es condición del crecimiento personal	
¿Buscar la perfección?	
No tolerar lo que impide hacer bien el trabajo	
La aspiración a la excelencia	
En los otros y en lo otro	
Limitaciones ajenas	10
Los otros son limitación (voluntaria) a nuestras pretensiones	
Algunas son inmorales (¿cómo enfrentarnos al mal?)	
Autolimitaciones	12
Decir «basta» (tengo suficiente)	
Decir «no» (no soy todopoderoso)	
Hay que ponerse límites para dar lo mejor de sí	
Éxito y fracaso	14
Una correcta comprensión de ambos	
Dimensiones positivas del fracaso	
Del fracaso al cambio	
Sufrimiento	16
¿Es inevitable sufrir en el trabajo?	
El sufrimiento es una fuerza de corrección y cambio	
Felicidad e infelicidad	17
... por no hablar de la (in)felicidad	
3. PROPONER	18
Por una espiritualidad del trabajo	19
El trabajo como vocación	
Contra la cultura dominante: compartir, servicio y realización personal	
De la eficacia (y eficiencia) a la fecundidad	
4. CONCLUSIÓN	22
La certeza de ser valiosos y amados	
Lo que transforma a las personas y a las estructuras es el amor	
5. COLOQUIO	24

Edita:

Profesionales Cristianos Zaragoza.
Plaza de la Seo, nº 6 • 50001 Zaragoza
zaragoza@profesionalescristianos.com • www.profesionalescristianos.com

Bilboko Elizbarrutia. Diócesis de Bilbao
Delegación de Evangelización y Catequesis (Pastoral de Profesionales)

Imprime:

Papelería e Imprenta Greminal • Marzo 2016

Impreso:

Papel y cartulina reciclada

Diseño y Maquetación:

Oscar Gómez

¹ El presente texto es una transcripción casi literal, someramente revisada, de la charla -y diálogo posterior- organizada por el Movimiento de Profesionales Cristianos de Zaragoza y celebrada el 19 de junio de 2015 en el Centro Pignatelli. Como es fácilmente comprobable, se ha mantenido el estilo directo y coloquial de la sesión.



Introducción

En una ocasión anterior estuvimos hablando sobre el hecho de que somos profesionales que aspiramos a cambiar el mundo y nuestro entorno, y de las dificultades que encontramos para ello. Eso nos llevaba a la pregunta por el cambio de las estructuras y el cambio de las personas, y también por el qué es antes y qué es después. Ahora vamos a avanzar un poco más. A veces logramos dar pasos en ese afán por transformar, y cambiamos nosotros y cambiamos también nuestro entorno. Pero, ¿qué pasa cuando las cosas no resultan? Ese es el tema que vamos a abordar. No se trata ya de justificar si tenemos que cambiar el mundo, o de si ese cambio tiene que ser a través de las estructuras o de nosotros mismos. Estamos ya en ello, pero también reconocemos las limitaciones, los fracasos. ¿Cómo los gestionamos?

Retomamos en este punto la conversación que comenzamos el año pasado, y voy a profundizar en ello siguiendo dos pasos fundamentalmente. Por un lado voy a intentar analizar los distintos tipos de elementos que están presentes en esta experiencia de fracasos; y por otra parte, precisando más, vamos a ver si todos son fracasos o no, o si podemos establecer distinciones, porque haciéndolo vamos a valorar las cosas mejor y vamos después a tener alguna posibilidad de afrontarlas positivamente, que es mi segunda intención. Así pues, intentaremos ver qué es lo que está detrás de los fracasos y luego mi pretensión será poder ofrecer una lectura positiva incluso de todo eso.

He de advertir que lo que voy a proponeros procede de mi experiencia personal, de mi reflexión, de querer leer desde mis creencias y desde mi propio conocimiento lo que me pasa, y que no voy a hablar como un experto en estas cuestiones, porque no lo soy. Os propongo tomar esta charla como un intento de contar lo que a todos nos pasa por la cabeza y el corazón y que nos puede venir bien para poner orden a lo que experimentamos, pero no pretendo venir a dar ninguna lección y mucho menos a decir dónde está la solución a estas cosas sino, como mucho, a compartir con vosotros mis avances, retrocesos e intentos. Así que no es tanto una elucubración sino un compartir las enseñanzas que yo mismo extraigo de mi experiencia, de cómo trato de iluminar mi propia realidad y lo que me está pasando.



Analizar y Evaluar

Las imperfecciones

Lo primero y fundamental que tenemos que hacer con las imperfecciones es reconocerlas. Hay que aceptarlas, nos gusten o no. Porque lo que nos hace plenamente humanos es esa imperfección, y si no seríamos otra cosa. Porque somos humanos somos imperfectos, con lo cual estamos ante un imponderable. Esto, o lo asumimos o no hay nada que hacer. Hay que aceptar las imperfecciones.

Si nos ponemos a pensar en nuestras imperfecciones vemos un montón de ellas, cada uno podría hacer una lista con las suyas. Pero esto luego tiene una aplicación concreta en el mundo profesional: nuestro trabajo, entre otras cosas por nuestras imperfecciones, tampoco es perfecto. Nuestro trabajo es imperfecto también, porque todos cometemos errores en el trabajo. Los editores son unos profesionales a los que se considera gente muy escrupulosa: un editor cuidadoso es el que mima todos los detalles en sus ediciones. Pues bien, había un editor que decía: toda edición necesariamente tiene que tener dos erratas, porque es el número suficiente que nos indica que ya no nos compensa el trabajo de volver a revisarlo todo. Es una manera de reconocer que nunca va a salir un libro perfecto, ni queriendo. Y si es inevitable que todo libro tenga erratas, vamos a ver si conseguimos que sólo sean dos. Se ha de aspirar a que no tenga ninguna, pero sabiendo que quedarán un par. Esta cuestión, trasladada a la vida profesional de cada cual, es importante: si somos imperfectos nuestro trabajo tampoco lo realizamos de manera perfecta. Además, por suerte, para este reconocimiento de nuestras imperfecciones no tenemos que hacer ninguna cosa especial, no tenemos que esforzarnos en ello, pues la propia realidad nos lo va recordando todos los días, así que ya nos podemos ir acostumbrando.

Ahora bien, ¿cómo extraer algo positivo de este hecho ineludible de que no hacemos las cosas tan bien como se podría o deberían hacerse? Estoy convencido de que la imperfección es una condición de crecimiento. En el momento en que asumimos la imperfección, en que somos conscientes de ella y de que nunca vamos a ser perfectos, estamos ante una mejor posibilidad de mejorar algo. Pongamos un ejemplo con profesionales de la ingeniería. Los ingenieros manejan cosas muy importantes: una construcción, una edificación, el trazado de una vía ferroviaria, la gestión de un aeropuerto, de un hospital, la organización de los turnos según las especialidades... Pues bien, el principio profesional por excelencia de los ingenieros es la responsabilidad, que consiste en tener en cuenta las consecuencias de lo que hacen, porque los efectos sociales que genera lo que hacen son muy relevantes. Alguien podría objetar que muchas consecuencias son imprevisibles y que para qué vamos a dedicar tiempo en pensar en ellas, pero es precisamente por esa imprevisibilidad por lo que hay que tenerlas en cuenta y pensar bien en las consecuencias, para que sean las menores posibles. Sólo el que toma conciencia de que va a haber consecuencias no previstas es el que está en la mejor situación para decidir pensar más tiempo en las que sí va a estar en condiciones de prever. El buen ingeniero en vez de dedicar una hora dedicará dos, porque si es consciente de que ni dedicando veinte va a ser capaz de tenerlo todo previsto sabrá que ha de dedicarle a la cuestión el máximo tiempo posible. La imperfección, por tanto, es condición de crecimiento.

” **Sólo el que toma conciencia de que va a haber consecuencias no previstas, es el que está en la mejor situación para decidir pensar más tiempo los efectos previstos. La imperfección es una condición de crecimiento.**

Pasemos ahora a la otra cara de la imperfección: el perfeccionismo. Hemos de tener claro que es un vicio, un pecado, una enfermedad, porque si hemos partido del hecho de que necesariamente somos imperfectos, buscar la perfección es una obsesión sin objetivo alcanzable. Si se ha tenido la desgracia de convivir con un perfeccionista es fácil saber cuánto daño hace el perfeccionismo, porque lo sufre quien lo padece pero aún lo pasan peor los que están a su alrededor. La persona perfeccionista no disfruta porque siempre ve en las situaciones cuánto mejor se podrían hacer las cosas, pero es que encima hace la vida imposible a los demás. Entonces, dado que el perfeccionismo es un error, ¿debemos olvidarnos de buscar la perfección? En la vida profesional lo que no podemos tolerar son aquellas faltas que nos impiden hacer bien el trabajo. Ahí es donde tenemos que prestar especialmente nuestra atención. Tenemos que concentrar nuestros

esfuerzos y capacidades precisamente en eso que distingue el que hacemos las cosas bien, porque en hacerlas bien es en lo que consiste nuestra actividad profesional.

” **Aspiremos a la excelencia, pero sabiendo que es diferente a la perfección. La excelencia es la mejor manera de hacer algo en unas circunstancias concretas.**

Luego no podemos tolerar aquellas faltas que nos impiden hacer bien nuestro trabajo. Ahí es donde no deberíamos consentir la imperfección. O dicho de otra manera: aspiremos a la excelencia, entendiendo por excelencia la mejor manera, el máximo de calidad con que

podemos hacer algo, pero sabiendo que la excelencia no es la perfección. Para aclarar esto conviene remitirse al origen de la excelencia, que es un término que originalmente inventó Aristóteles en su *Ética a Nicómaco* y que identificaba con la virtud. La excelencia es la virtud, pero la virtud no es lo perfecto sino lo mejor que puede ser una cosa en unas circunstancias concretas. En esas, y no en otras. En eso consiste la excelencia. Por tanto, ya podemos darnos cuenta de que es una cosa limitada; no es lo mejor que podría ser algo, es lo mejor que se puede hacer dadas estas circunstancias, entre las cuales están nuestra propias imperfecciones, limitaciones, y las del entorno.

Así pues, se puede decir que tenemos que asumir nuestras imperfecciones, que tenemos que intentar evitar aquellas imperfecciones que nos impiden hacer bien nuestro trabajo, y que debemos aspirar a la excelencia. Todo eso no sólo es compatible, sino que es la manera más adecuada de decir todo esto. Pero, ¿y qué hay de aquello que dice en Evangelio de “sed perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto”? No vamos a entrar en cuestiones teológicas, pero esto me recuerda una leyenda de la sabiduría oriental que dice que una mujer fue al mercado y encontró un puesto que decía: “la frutería de Dios”. Fue hacia él y pidió un plátano perfecto, una piña perfecta, etc. Y Dios que estaba al otro lado del mostrador le dijo: “lo siento señora pero aquí solo vendo semillas”. Esa es la perfección de Dios. Esta leyenda oriental nos viene muy bien para entender lo que pretendo decir al proponer que asumamos la imperfección y a la vez aspiremos a la excelencia, porque las dos cosas son posibles y compatibles.

Pero además de ese reconocimiento de nuestra propias imperfecciones y de nuestra aspiración a la excelencia tenemos también que lidiar con las imperfecciones de los otros y en lo otro. Respecto a las imperfecciones de los demás, propongo tres reacciones:

1.- Calibrar adecuadamente su importancia. Parece obvio, pero lo primero es valorar cuán grave es la imperfección del que tengo delante.

2.- No aceptar los errores que nos impiden nuevamente hacer bien la profesión o que la haga bien nuestro compañero. Ese ha de ser el límite, no puede tolerarse lo que no nos deja poder hacer bien las cosas (no perfectas, sino bien).

3.- Preguntarnos por sus causas. En algunas ocasiones habrá razones más que suficientes para que no tengamos en cuenta esas imperfecciones.

Cuántas veces a lo largo del día, antes de responder a una imperfección en el otro, no nos vendría nada mal hacernos estas tres preguntas: **¿Cuánto de grave es esto? ¿Impide que haga bien lo que tiene que hacerse? Y, en última instancia, ¿por qué ha acontecido esto?**

Las limitaciones ajenas

Una cosa son las imperfecciones y otra cosa distinta son las limitaciones. Y entre ellas, a su vez, podemos distinguir entre las limitaciones ajenas, que son las que están ahí delante, fuera de nosotros, y las autolimitaciones, que serían las que nos ponemos voluntariamente y que no son imperfecciones. Para que se entienda: alguien puede tener unas condiciones muy valiosas para algo y sin embargo ponerse el freno a la hora de hacerlo. Por lo tanto, imperfección y limitación son distintas.

Abordemos primero las limitaciones ajenas, y dejemos sentada la evidencia de que los demás, los otros, son limitaciones voluntarias en nuestras pretensiones. Muchas veces en nuestro ámbito profesional nosotros pretendemos algunas cosas y nuestros compañeros piensan lo contrario e impiden que nos salgamos con la nuestra. Es lo habitual al trabajar en equipo, que al igual que alguien propone, por ejemplo, una estrategia comercial, otros a su alrededor no están de acuerdo y piensan que hay que seguir la estrategia contraria. Por tanto, los otros son una limitación porque tienen sus propias aspiraciones y entramos en confrontación con ellas, porque nos generan discrepancia, oposición.

Esto es un hecho, pero distingamos entre esas limitaciones que nos ponen los

otros y demonos cuenta de que sólo algunas de ellas son inmorales. Si alguien tiene una opinión acerca del plan estratégico de su empresa y otro compañero tiene la contraria y además está en una posición de más peso dentro de la empresa, posiblemente se hará lo que éste último proponía, pero no se opone al primero porque pretenda la injusticia, sino porque cree que eso es lo mejor y aspira a ello y gana porque manda más, o convence a más gente, o tiene mejores argumentos. Esas no son oposiciones inmorales. **Pero también cabría el que el otro imponga o establezca limitaciones que resulten inmorales.** Entonces es cuando entra en juego una de las grandes preguntas éticas: ¿cómo tenemos que enfrentarnos al mal? Nos referimos al mal de la injusticia que se puede cometer en la interacción humana, no a los grandes males, no a los males absolutos, no estamos hablando del holocausto ni de estructuras de pecado que matan a millones de personas. Pero algo hay que hacer también con ese otro mal cotidiano y que muchas veces se manifiesta en lo profesional: con las ganas de hacer daño al otro, con el desearle lo peor, con lo que hacemos para que otros sufran. Yo estoy convencido de que la única respuesta adecuada a cómo enfrentarnos al mal es... la del bien. Si nos fijamos, algunos de los ámbitos en los que hemos organizado nuestra sociedad de la manera que hemos pretendido mejor, están alentados por esa misma idea. Pensemos por ejemplo en la evolución de nuestros sistemas legales, que partieron de la venganza como hecho de justicia. Si uno cometía una injusticia, la víctima tenía derecho a arremeter contra él o contra su hijo, hasta hacerle el doble de daño que hizo. Pero luego pensamos que esto no era correcto, y se estableció que debía haber una equivalencia, que el castigo debía ser del mismo grado que la ofensa, y así surgió el famoso "ojo por ojo, diente por diente". Pero después se pensó que no debía ser la propia víctima quien tuviese que tomarse la justicia por su mano, sino que había que generar un sistema de justicia que eliminase la subjetividad, y por eso se vio conveniente que fuera un tercero el que decida si se ha hecho mal, y luego además también se insistió en que el castigo tiene que ser proporcionado y que no puede ser indigno para esa persona, no puede vulnerar sus derechos... Si nos damos cuenta, al final de un sistema que parece tan frío como el judicial lo que late es una aspiración a responder al mal con el bien. Del mismo modo, cuando decimos que no a la pena de muerte, entre otras razones porque es irreversible, lo que estamos haciendo es reconocer que es un mal, porque si fuese un bien no tendría sentido hablar de su irreversibilidad. Pues si hasta en ese ámbito teóricamente tan frío como ese nos mueve una aspiración tan humana como conseguir justicia con misericordia, lo mismo deberíamos aplicar también nosotros en la vida cotidiana, respondiendo al mal con bien, por complicado que sea.

Las autolimitaciones

Lo anterior sería una gran manera de gestionar las limitaciones ajenas pero, ¿qué hacemos con las propias? Ojala fuésemos capaces de, reconocidas nuestras imperfecciones, establecer un sistema de autolimitaciones. Porque no sólo es que las limitaciones no sean necesariamente algo malo, sino que, al contrario, podemos propugnar positivamente la formulación de autolimitaciones, al menos en dos maneras.

La primera de ellas es decir “basta”, o traducido al lenguaje popular: “tengo suficiente”. En el ámbito del trabajo suele suceder que lo bastante nunca parece tal. Nunca ganamos lo bastante, nunca trabajamos bastante, nunca hemos llegado al máximo de nuestro desarrollo profesional, tenemos un ansia especial de progreso en el ámbito profesional. Pero es precisamente porque tenemos esa tendencia en este ámbito por lo que tenemos que cuidar especialmente el ser capaces de decir: “basta, ya tengo suficiente salario, suficiente tiempo trabajado, ya tengo suficiente éxito o fracaso”. Hemos llegado a un punto en que tenemos que hacer una formulación no económica sino profesional de las actuales teorías de decrecimiento, esas que en el ámbito económico están empezando a adquirir cierto carácter provocador, cuestionador. O dicho de otra manera, tendríamos que hacer un tratado de elogio de la sobriedad profesional, planteándonos cuánto tiempo es suficiente, cuánto éxito es suficiente, cuánto dinero es suficiente, cuánta tecnología es suficiente. Por ejemplo, respecto a esto último, convendría hacer una prueba de desintoxicación tecnológica en el trabajo. Qué difícil nos resulta trabajar sin teléfono móvil, pero se puede y estoy convencido de que se vive mejor. O habría que proponerse el tener un día a la semana en que no mirásemos el correo electrónico. O, ya que los alumnos tienen la posibilidad de enviar sus mensajes al profesor todas las horas del día durante todos los días de la semana, hay que poner coto y decidir que no se les va a responder en domingo, o no hacerlo desde casa, o ni conectarse en casa. En este ámbito de las posibilidades tecnológicas hacer desconexión sería uno de los modos de decir basta que nos llevaría a cada cual por derroteros diferentes pero siempre muy útiles para establecer autolimitaciones. Limitemos también en nuestro ámbito profesional la tecnología, que es una de las causas fundamentales de stress

” **Tendríamos que hacer un tratado de elogio de la sobriedad profesional, planteándonos cuánto tiempo es suficiente, cuánto éxito es suficiente, cuánto dinero es suficiente, cuánta tecnología es suficiente.**

laboral a día de hoy, el stress tecnológico.

La segunda versión de las autolimitaciones sería decir “no”. En el primer caso decir “basta” significaba que teníamos suficiente, pero decir “no” es algo que nos afecta mucho más dentro que el bolsillo, que el prestigio, porque afecta a nuestro concepto de nosotros mismos. Se trata de reconocernos que no somos todopoderosos, y desde ahí tendríamos que ser capaces de vivir una cierta ascética en nuestro trabajo. Y lo digo yo que me propongo todos los días poder decir “no” a alguna de las cosas que me propongan. Porque entre lo que me gusta, lo que me siento obligado o comprometido, lo que me provoca, y que no sé estar quieto, lo más fácil es decir “sí”, porque lo que cuesta es decir “no”. Pero hay que poner límites por la razón de que sólo así podremos dar lo mejor de nosotros mismos en lo que estamos haciendo, porque cuando no somos capaces de decir “no” acabamos no haciendo bien todo lo que hacemos. Anteriormente decíamos algo parecido sobre la imperfección: hay que aguantar las propias imperfecciones hasta el punto en que veamos que con ellas no podemos hacer bien lo que nos toca hacer. Aquí sucede lo mismo: para hacer bien lo que tenemos que hacer hay que llegar a decirse uno a sí mismo “no”.

Así podemos empezar a degustar también lo que significa la satisfacción de ponerse límites. Pensemos en esas profesiones en las que empezar y acabar el trabajo tienen un ritual, como sucede en la mina o en el taller: quitarse la ropa de calle, ponerse el buzo, suena la sirena y empezar, acabar al sonar otra vez la sirena, ducharse, cambiarse, salir... Cada vez hay menos profesiones con su propia liturgia para los momentos de empezar y acabar el trabajo, pero deberíamos recuperar algo de eso porque nos ayudaría a degustar lo que significa decir “hoy ya he trabajado, hoy ya he hecho la jornada”. Yo suelo aplicar siempre dos mecanismos para estas cosas. Uno, sin caer en la procrastinación, es tener siempre una tarea pendiente para el día siguiente, no irse con todo hecho, dejar algo que nos recuerde que hemos sido capaces de decir “basta” o de decir “no”, capaces de no dejar la mesa libre de papeles, de decidir que ya hemos hecho suficiente hasta mañana. El otro mecanismo, que está muy vinculado a éste, es no trabajar más de ocho horas los días en que la agenda lo permite y aunque hubiese tiempo o ganas para ello, ya que también hay otros muchos días en los que la agenda ya nos marca que vamos a tener que trabajar más de ocho horas, queramos o no. Se trata de decirse que ya hemos cumplido, y que aunque pudiésemos hacer algo más para avanzar trabajo, no nos vamos a autoimponer trabajar más tiempo, sino sólo las ocho horas, y luego podemos irnos a casa o a pasear. Son cosas muy sencillas, pero son modos de ayudarnos también en esa sobriedad que necesitamos en el mundo profesional.

El éxito y el fracaso

Pasamos al tercer gran bloque de cuestiones. Una cosa son las imperfecciones, otra son las limitaciones (ajenas o propias, autoimpuestas o impuestas por los demás), y otra cosa distinta es el éxito y su otra cara, el fracaso. Creo que era Oscar Wilde quien decía que “en este mundo sólo hay dos tragedias: una es que no se cumplan tus deseos, y la otra es que se cumplan. Y la segunda es peor que la primera”. Es mucho más grave que se cumplan nuestros deseos, que tengamos éxito, que el que tengamos fracaso.

Así dicho parece una boutade, una salida de tono, pero pensemos que puede haber mucha sabiduría en ella, porque a veces se dice que asumir el fracaso es muy difícil pero la experiencia nos va diciendo que es todavía más difícil asumir con elegancia los éxitos. Por eso, necesitamos antes que nada una correcta comprensión de ambos, ya que con el éxito y el fracaso tendemos a ponernos una trampa, y quizá nos convendría no darles tanta importancia, tratarlos con un poco más de indiferencia. Realmente no es tan importante tener éxito o fracasar. Si nos damos cuenta, el éxito, más allá de las satisfacciones que nos genera, trae asociados unos peligros importantes.

Uno de ellos es el absolutizarlo: vivimos en una sociedad del éxito, especialmente del éxito profesional, que genera una cierta adicción al mismo y su consiguiente persecución. Otro riesgo es fundamentar el propio concepto, nuestra autoestima, la valoración que tenemos de nosotros mismos o que creemos que otros tienen de nosotros a partir del éxito, lo cual es cuando menos peligroso porque si a mí se me valora por mis éxitos, en realidad no se me tiene en mucha consideración. Finalmente, querámoslo o no, el éxito genera envidias, así que mucho cuidado con tener éxito porque aunque no queramos nos vamos a ganar enemigos.

No se trata de negar algún valor positivo al éxito, pero hay que decir bien alto que también tiene sus valores negativos. El mundo de la ética, por suerte, está últimamente muy preocupado por hacernos descubrir la ambigüedad de lo real, que las cosas tienen valores positivos y negativos, y todos ellos tintan nuestra realidad. Por ejemplo, si nos colocamos en una perspectiva de gestión empresarial, ¿a quién elegiríamos: a un directivo con éxito o a uno que ha vivido éxitos y fracasos? Si tenemos en cuenta que lo más probable es que una empresa viva situaciones positivas pero también otras de dificultad, lo preferible es poder contar con profesionales que no sólo han vivido éxitos, si no que han sabido

también superar o resistir los fracasos.

Por otra parte, y vamos hacia su sentido de fondo, tener éxito no significa que se esté haciendo lo correcto. Para darse cuenta de esto basta con mirar los programas televisivos de más éxito que hay, y pensar si son los mejores. Y por el otro lado, creo que podremos coincidir en afirmar que no todos los fracasos son errores. En última instancia de lo que se trata es de defender nuestra integridad personal más allá del éxito y del fracaso.

” El fracaso también tiene aspectos positivos. Los fracasos son ventanas abiertas a mejorar, al ingenio, a la creatividad,... y, en última instancia, el fracaso es un lugar de encuentro privilegiado con Dios.

Pero es que además, bien pensado, el fracaso también tiene aspectos positivos. ¿Por qué le tenemos tanto miedo? Llegar al fracaso puede ser ventajoso. Si no nos engañamos (otra cosa es que seamos unos mentirosos compulsivos), cuántas veces nos ha sucedido que hemos aprendido más del fracaso que del éxito, al menos en las cosas importantes de la vida.

Si hacemos memoria, seguro que alguna de las experiencias más valiosas de nuestra vida profesional, y lo mismo sucedería en el ámbito de lo personal, es algún fracaso que hemos tenido. Los fracasos son ventanas abiertas a mejorar, al ingenio, a una creatividad que quizá no hemos puesto en práctica habitualmente porque no nos ha hecho falta y, en última instancia, al menos para quienes somos creyentes, habría que decir que, si creemos en la cruz, el fracaso es un lugar de encuentro privilegiado con Dios. Pero lo que estamos diciendo vale para creyentes y no creyentes: ¿es más importante aparentar el éxito o seguir siendo nosotros mismos? Hay que elegir, no es una pregunta retórica, porque muchas veces hemos optado por esconder el fracaso, por ocultarlo, cuando en realidad, si habiendo fracasado no hemos renunciado a nosotros mismos, si no nos hemos traicionado en lo que somos y en lo que creemos, propiamente no hemos fracasado aunque hayamos sufrido reveses. Al contrario, cuántas veces ha sido en el éxito donde hemos puesto en juego nuestra propia coherencia interna y nuestros valores. ¿De qué nos sirve ese éxito?

En cualquier caso, otro de los aspectos positivos que tiene el fracaso es que se trata de una puerta a los cambios positivos. Solamente somos capaces de dar cambios verdaderamente valiosos en nuestra vida cuando hemos vivido un fracaso, nunca cuando estamos en la sintonía del éxito. Aunque ese éxito no coincida con lo que nosotros consideramos una vida plena o adecuada

para nosotros, estando en lo que el resto considera el éxito es prácticamente imposible ver cambiar a alguien. El cambio positivo se produce cuando estamos en el fracaso, porque es entonces cuando hay cambios de raíz, cuando se giran 180 grados o se cambia de vías. Aunque también es cierto que, aún expresado de distinta manera, lo nuclear sigue permaneciendo después de ese cambio. En la gente que hace esos cambios radicales, si nos damos cuenta, lo que en principio parece un giro conserva un fondo que ya estaba también presente en la situación de fracaso, y es precisamente porque se quiere salvar esas opciones de fondo por lo que se tiene que cambiar después del fracaso, para poder así mantener dichas opciones.

El sufrimiento

Demos otro paso más. Tras imperfecciones, limitaciones y autolimitaciones, y fracaso, hablemos del sufrimiento, de esa situación de “dolor espiritual” podríamos decir. ¿Es inevitable sufrir en el trabajo? ¿Estamos condenados por la maldición bíblica: “te ganarás el pan con el sudor de tu frente”? O como dice un amigo mío, “mira si será malo el trabajo que te pagan por hacerlo”. No sé si el sufrimiento en el trabajo será una maldición o si es inevitable, pero el caso es que existe. Hoy se sufre por monotonía, por sedentarismo, por stress, por presión externa, por condiciones laborales poco dignas, porque no desarrollamos las capacidades que tenemos a través del trabajo.

¿Puede aportarnos algo este sufrimiento, tiene también una lectura positiva? Puede que sí, porque el sufrir propio nos hace sensibles al dolor de los demás. Aunque sólo sea porque nos abre una sensibilidad especial hacia el sufrimiento, ya por eso merecería la pena. Pero es que además supone también una fuerza de corrección de nuestro espíritu. Así como el dolor físico es un acto de protección de nuestra integridad física (menos mal que nos duele cuando nos acercamos demasiado a una fuente de calor, si no nos quemaríamos y no nos daríamos cuenta), el sufrimiento

” **Tendríamos que hacer un tratado de elogio de la sobriedad profesional, planteándonos cuánto tiempo es suficiente, cuánto éxito es suficiente, cuánto dinero es suficiente, cuánta tecnología es suficiente.**

espiritual, no físico, es también una manera de protegernos de lo que hace daño y tiene capacidad de destruir nuestro espíritu, nuestro modo de entendernos y de vivir. Por eso, incluso en esas condiciones, el sufrimiento es positivo porque nos permite acercarnos a los demás, nos permite protegernos, tomar medidas para cambiar, para corregir nuestro rumbo y no “quemarnos”, no destruirnos a nosotros mismos.

Felicidad e infelicidad

En cierto modo es inquietante la obsesión felicitante que se ha instalado en nuestra sociedad. No vamos a decir que la felicidad no merezca la pena o que no sea buena, pero hay una especie de mandato obsesivo por ser felices, en todas partes, todo el rato, siempre, pese a todo. Nos lo aconsejan de la mañana a la noche, y si se insiste tanto en ello sería mejor que empezáramos a sospechar, porque si nos cuentan un chiste y nos han de pedir que nos riamos suele ser porque no es bueno. Del mismo modo, no hace falta que nos aconsejen tanto ser felices. Hay una obsesión por la felicidad, que se nos presenta como algo obligatorio, en un ideal de felicidad perpetua, pero resulta que la vida no es un parque temático, porque ese tipo de felicidad es sólo para un rato, pero ahí no se puede vivir porque así no se es adulto.

La vida real, la vida auténtica, la vida que merece la pena ser vivida, tiene aspectos positivos y negativos. De hecho, una felicidad perfecta, sin stress, sin preocupaciones, sin angustia, no parece propiamente humana. Vivir en plenitud, con sentido, supone que lo bueno y lo malo van juntos. No aspiremos a una felicidad absoluta que no resulta siquiera atractiva. La felicidad deseable es seguramente algo más de andar por casa, que a pesar del cansancio, de la angustia, de los problemas, podamos mirar hacia adelante y pensar que las cosas merecen la pena y tienen sentido.



Proponer

Propuestas para una espiritualidad del trabajo

Ya hemos hecho un análisis, creo que valorativo también, de distintos aspectos o ámbitos. Y para ir acabando vamos a pasar a algunas propuestas, desde mi experiencia de acercamiento a las limitaciones, imperfecciones, fracasos, los éxitos... Si os dais cuenta, aunque de una manera sencilla, lo que vengo planteando es una cierta espiritualidad del trabajo. He intentado proponeros una visión del trabajo, un sentido de la vida profesional que es el que permite encajar limitaciones, imperfecciones, etc. Os propongo elaborar vuestra espiritualidad del trabajo, y me parece que eso comportaría, al menos, tres cosas:

Lo primero sería vivir el trabajo como vocación. Esto, dicho en un momento en el que el trabajo básicamente es vivido como fuente de ingresos, puede resultar un insulto. No hay que culpabilizar a quien las circunstancias actuales pueda ver el trabajo exclusivamente como una fuente de ingresos, pero mirando hacia delante, a largo plazo, o se le encuentra el gusto al trabajo o es probable que llegue un momento en que ya no valga ni siquiera como simple fuente de ingresos. Dicen que hay cuatro modos de vivir el trabajo: odiar lo que se hace, cumplir con lo que se hace, amar lo que se hace, y hacer lo que se ama. Deberíamos aspirar a esto último, a trabajar en lo que nos gusta, y no a que nos guste lo que hacemos, aunque tampoco estaría mal. Aspiremos a trabajar en lo que nos gusta, eso es propiamente vivir el trabajo como vocación. Y si acaba gustándonos lo que hacemos, por lo menos, ya que no podemos hacer lo que nos gusta, ya habremos llegado a unos niveles más que aceptables. Por lo tanto, creo que es necesario recuperar con todas las letras esa idea de la profesión como vocación, aunque tendremos que formularlo

de otras maneras. Si ya no es ese ajustar nuestras capacidades a lo que queremos, aprendamos a que nos guste eso que nos ha tocado hacer, recuperemos el placer por el trabajo bien hecho aunque no sea lo que me gustase originariamente.

” **La espiritualidad del trabajo permite encajar limitaciones e imperfecciones. Esto supondría vivir el trabajo como vocación, caminar contracorriente y cambiar la eficacia por la fecundidad**

Una segunda propuesta para la espiritualidad del trabajo sería convertirla **en algo así como uno de esos banderines que manifiestan que vamos contracorriente**. Hay una cultura dominante en estos momentos, que es la que funciona y que intenta responder a tres grandes necesidades del ser humano en la vida moderna: seguridad, reconocimiento y disfrute. La cultura dominante, a la necesidad de seguridad responde con la posesión, a la necesidad de reconocimiento responde con el poder, y a la necesidad de disfrute responde con el hedonismo. Pero podemos proponernos dar otras respuestas. Reconocida la necesidad de la seguridad, en vez de la posesión podríamos optar por el compartir. Y ante la necesidad del reconocimiento en vez del poder podemos proponernos el servicio. Finalmente, ante la necesidad del disfrute en vez del hedonismo proponemos la realización personal. Esto aplicado al mundo de la profesión puede generar quizá no grandes revoluciones ni cambios estructurales pero sí algún remolino que otro. ¿Y si convertimos esto en uno de esos ideales en los que decimos a nosotros mismos que tenemos posibilidades de hacer algo, que aquí hay una conjunción entre lo que queremos y a lo que aspiramos que sea la realidad en el mundo del trabajo?, ¿no adquiriría el trabajo otra dimensión? El trabajo se puede convertir en ese espacio en el que puedo también mostrar un estilo de vida contracultural y positivo, confiando en que las propuestas que hemos hecho nos diseñan un estilo de vida mejor. En vez de afirmar, como se suele hacer habitualmente, que en el trabajo no se puede hacer nada, tendríamos que esforzarnos por recuperar las posibilidades que abrirían el hacer estas cosas que también intentamos hacer fuera del ámbito profesional. Crearíamos así una espiritualidad del trabajo mucho más adecuada.

La tercera idea que os propongo para esta espiritualidad del trabajo que encaje adecuadamente limitación, fracaso y demás, es cambiar esas dos grandes palabras que funcionan como regla de oro en la vida profesional: eficacia y eficiencia, por la de fecundidad. Permitidme poner ejemplos muy sencillos: en el equipo de fútbol del colegio de mi hijo hay ocho chicos hábiles, cuatro menos hábiles y dos torpes reconocidos. Si se cede a la gran obsesión por ganar partidos lo mejor es poner por lo tanto a los diez hábiles y a uno de los menos hábiles, y

así es más probable obtener un buen resultado, vamos a ser muy eficaces. Pero habremos desaprovechado la oportunidad de generar vida en ese equipo, porque aunque pierdan los partidos si juegan todos los resultados se podrían valorar de otra manera. Desde el criterio de eficacia lo que se requiere es que jueguen los mejores, pero desde el criterio de fecundidad tienen que jugar todos. O dicho de otra manera, en otro ejemplo de andar por casa pero que tiene su traducción en nuestras instituciones, y especialmente en las eclesiales: cuando vamos a un sitio tenemos la opción de ir con nuestro propio coche, con lo que decidimos dónde vamos, cuál es la ruta y cuándo vamos a llegar, cuándo paramos y cuando no, o bien podemos montar una excursión en la que quedemos más o menos a qué hora salir, nos juntemos varios en un autobús, y ya veremos cuándo llegamos. En el primer caso el objetivo es llegar al sitio, en el segundo es pasárselo bien en el viaje, aunque no lleguemos donde queremos o la hora prevista, porque lo que cuenta es el ambiente, el estar juntos, el pasarlo bien. Aquí se aprecia claramente que una cosa es la eficacia y otra la fecundidad. Pondremos un ejemplo más: cuando uno lleva un largo recorrido en su vida matrimonial y mira al otro con ternura, con todo el amor del que es capaz y se pregunta qué he sido yo capaz de hacer con esta persona, qué he conseguido de ella, lo más fácil es que diga que nada, ni en el más pequeño detalle. Pero en algún momento seguro que hemos tenido la suerte de que nos haya dicho, de una u otra manera, que hemos conseguido que sea mejor persona. No habremos tenido eficacia en conseguir que sea así o asá, pero si hemos aportado algo para hacer de ella una mejor persona entonces habremos sido muy fecundos, que es lo que merece la pena. Esto también podemos aplicarlo a la vida profesional, y nuestra espiritualidad del trabajo, nuestro modo de modo de vivirlo, tendría que estar desde luego más cercano a la fecundidad que a la eficacia.



Conclusión

Finalmente, para que todo esto funcione tenemos que tener la íntima convicción de que somos seres valiosos y de que somos amados. Alguien dirá que amados por Dios y otros dirán que amados por los vecinos, los amigos, los demás, por quien nos quiera. Pero sentirnos valiosos y sentirnos amados es la única condición posible para afrontar en condiciones la imperfección, la limitación, el fracaso, etc. Si no conseguimos esto, nada de lo que os he dicho servirá para algo.

Y por concluir de una manera parecida a como lo hice en la charla del año pasado, cada vez estoy más convencido de que lo que verdaderamente transforma a las personas y a las estructuras es el amor. Amor escrito, si se quiere, con mayúsculas, pero aunque lo pongamos con minúscula da igual, aunque sea amor frágil, del que a veces falla, ese que no es todo lo bueno que podrías ser... Las cuestiones que, si me temo el cedazo y empezamos a cribar **en nuestra vida**, lo único que verdaderamente queda es lo que hemos hecho con amor. Revisad vuestra vida profesional, vuestros éxitos, fracasos, limitaciones, etc. De lo único de lo que nos podemos sentir mínimamente orgullosos, contentos, satisfechos, lo que verdaderamente ha merecido la pena después de tantos enfrentamientos, disgustos, decepciones, es lo que hemos hecho con amor, y lo único que ha podido cambiar algo es eso. En este caso no voy a poner ningún ejemplo de la vida profesional, pero sí de la mía en la medida en que participo en este tipo de realidades: pocas veces he visto esto más claro que cuando interactuando con un preso exmiembro de ETA te cuenta que su

” **Revisad vuestra vida profesional, vuestros éxitos, fracasos, limitaciones, etc. De lo único de lo que nos podemos sentir mínimamente orgullosos, contentos, satisfechos, lo que verdaderamente ha merecido la pena después de tantos enfrentamientos, disgustos, decepciones, es lo que hemos hecho con amor, y lo único que ha podido cambiar algo es eso.**

gran conversión de ser una persona cerrada ideológicamente, obsesiva, odiosa y odiante, ha sido motivada sencillamente por la experiencia de enamorarse o de tener un hijo. Ni discursos, ni ideologías, ni datos, y ni siquiera el sufrimiento de los demás, porque no era capaz de verlo; sólo experiencias básicas de amor le han hecho, por suerte, caerse del caballo o apearse del burro. **Porque en esas experiencias ha vivido el amor pese a la limitación y la fragilidad, y se ha dado cuenta de lo inútil, innecesario e injusto de lo que había hecho hasta entonces.**



Coloquio

P (Pregunta): Estos días por casualidad ha caído en mis manos un libro sobre organizaciones y estructuras organizacionales, un recorrido desde Taylor y Weber hasta el “engagement” y estas cuestiones de realización personal en el trabajo, pero el amor no sale en todo el libro. ¿Alguna vez un libro de formación o de lectura podrían resumirse diciendo “todo esto se modifica de verdad por amor” o no?, o ¿estamos tan abocados a la ciencia que eso no lo podemos medir ni esperar?

R (Respuesta): Cuando he hablado del amor he hecho una petición de excusa, “ya me estoy poniendo ñoño, cursi!”. Parece que si hablamos de amor primero hay que tener una autolimitación, una precaución. Es como la moda actual de usar términos en inglés, que pero luego resulta que se refieren a las cosas que hemos hecho siempre, a las que nos dice el sentido común. Hay nuevas tendencias que recogen la tradición, la reformulan con conceptos en inglés y se presentan como algo novedoso. Pero si rascas, debajo de eso lo único que hay de valioso es precisamente lo que tenga que ver con la sabiduría de vida, no tanto con conocimientos y técnicas sino con saber ver la realidad de una manera. Es una cuestión de gafas, de óptica. E igual que tenemos que hacer el esfuerzo a día de hoy de mostrar las tradiciones que tenemos de una manera en la que podamos decir que son válidas aunque para ello tengamos que hacer cambios en muchas cosas, cuando yo digo que en última instancia lo que transforma es el amor, sea con mayúscula o con minúscula, es porque creo que el amor es una experiencia humana universal y trascendente. Es curioso que a día de hoy nos quejemos siempre de que hay una visión muy plana, muy materialista de la realidad, pero que al tiempo sin embargo todos acabamos conviniendo en que por muy plana que sea esa visión que tengamos de la realidad todos tenemos la posibilidad de tener una experiencia de amor del tipo que sea, desde la que tenemos a su vez la posibilidad de hacer una lectura trascendente, espiritual de las cosas. No sé por qué hay tanto miedo, tanto complejo, pero estoy convencido de que al final acabarán haciéndose un libro y otro y otro pero que todos llegarán a esta misma conclusión, con distintas manera de decir esto mismo.

P Hablando de la cuestión tecnológica, precisamente me ha llegado un whatsapp muy bonito que no entendía muy bien hasta que tú has dicho esto del amor, es de un tal Jeff Foster y dice “no busques amor, no te abandones a ti mismo buscando amor en los demás; eres el amor mismo y esto lo cambia todo”. Pienso que quizá quiere decir que siempre estamos pensando que son los otros los que nos tienen que reconocer y los que fallan, pero que en realidad el amor ha de empezar en nosotros, porque ya somos amor. ¿Puedes ahondar en esta idea, por favor?

R. A día de hoy, en el ámbito profesional, algo tan al alcance de nosotros como mostrar amabilidad, servicialidad, pensar en el otro antes que en nosotros mismos, tiene una capacidad de interpelación inusitada por su carácter contracultural. Cuántas veces nos relacionamos profesionalmente y agradecemos que nos traten amablemente, porque llama la atención la amabilidad aunque consista simplemente en saludar, dar los buenos días, decir “gracias” o “que tenga una buena tarde”. Yo me sorprendo muchas veces también usando el correo electrónico, cuando alguien dice “que pases un buen día” o “muchas gracias por el trabajo que estás haciendo y que me facilita a mí el mío”. Este tipo de sorpresa proviene de que vivimos en un contexto tan culturalmente distinto a este modo de proceder que incluso con cosas tan sencillas se consigue un grado alto de significatividad. Actuar así llama la atención y provoca que el otro se cuestione que también él puede hacerlo y se plantee por qué hemos renunciado a este tipo de cosas, por qué no sentimos, por qué no hemos sido capaces de descubrir que la posibilidad de ser amables está en nosotros. Hace poco leí también un escrito que tenía que ver con otras cosas, con la vida matrimonial y decía que la clave está en cosas tan simples como pedir perdón, dar las gracias y pedir permiso. El amor, por más grande que sea, se compone de cosas tan pequeñas como éstas, porque está a nuestra medida, porque eso somos capaces de hacerlo, nadie nos lo puede impedir ni negar. Pues probemos también a hacerlo en el trabajo y nos vamos a llevar sorpresas, todas ellas agradables.

P Me ha gustado la idea de defender la integridad personal más allá del éxito o del fracaso. Es difícil con la vida que estamos llevando, por los vaivenes que ves en cada persona según haya alcanzado un éxito o un fracaso. ¿Medirte por la integridad personal y mantenerla es, junto con el amor, lo que puede hacer la vida más sensata y más agradable?

R: Medirnos desde la integridad personal es una forma de querernos. Es la expresión del amor hacia uno mismo, que no es engreimiento, no es pensar que uno lo puede todo, sino que es estar contento con lo que uno es, incluso con sus defectos. Si esto es así para nosotros, apliquémoslo también respecto a los demás, y no estemos buscando tanto la integridad en el otro, ya que a lo mejor sus criterios son distintos. Coloquémoslo en términos de dignidad: la dignidad del otro no radica en lo que hace, puede ser el más perverso del mundo y sigue siendo digno y no le puedo tratar de cualquier manera. Si yo voy con mi integridad diciendo aquí estoy yo, y al otro lo trato con dignidad a pesar de lo que él es y hace, creo que habremos conseguido no poco, y si eso lo ajustamos al ámbito de la vida profesional, con sus límites y sus condiciones especiales, nos iría mucho mejor desde estos dos parámetros. Me quiero a mí mismo hasta el punto en que más allá del éxito y del fracaso sé que valgo, sé quién soy y quiero estar contento con mi pellejo y por lo tanto miro al otro desde lo que es como humano más allá de lo que sea por su éxito, su fracaso, sus logros o sus defectos. Esto es complicado hacerlo todos los días, pero de vez en cuando hay que parar, pensar en ello, y recordarlo a ver lo que nos dura hasta la siguiente ocasión.

P Me gustaría hacer un comentario: Yo soy científico y explico a mis alumnos que tenemos que acostumbrarnos a vivir en un mundo lleno de incertidumbre, y que la certidumbre total no existe. Esto me ha parecido muy acorde a lo que has comentado sobre la imperfección. Vivimos en un mundo donde la perfección total no existe, y por eso tenemos que acostumbrarnos a vivir con un nivel de imperfección. Y también tengo una pregunta, acerca de las aspiraciones, porque yo quiero seguir aspirando a cambiar el mundo, pero esto asusta mucho porque a la hora de la verdad, por más que me esfuerce, yo que trabajo en la universidad no la puedo cambiar. Entonces, ¿cómo conjugamos, para no desilusionarnos, el irrenunciable deseo de transformación y el dolor por no alcanzar los cambios que pretendemos?

R. Sobre lo de la imperfección, a mí cada vez me gustan más los santos a los que se les han descubierto defectos, aquéllos otros de los que nos contaban que eran una maravilla nunca me han atraído. Pero en el momento en que me han presentado a uno y no me han ocultado los defectos he pensado que ése era un santo de verdad, porque significaba que no era perfecto, porque no podía serlo, y así podemos valorar mucho más su santidad, su peculiar modo de ser íntegro, de decir sí a Dios. Hasta ese punto hay que asumir la imperfección.

Pero vamos al tema de las aspiraciones. Dicen que en el epitafio de la tumba de Albert Camus pone: "hizo todo cuanto pudo sabiendo que no era suficiente". Así es, sabemos que no vamos a conseguir esa transformación de la universidad a la que aspiramos, pero eso no impide poner todo el empeño en intentarlo. Es más, dado que sabemos de antemano que no va a ser posible, por eso ponemos más empeño. Ese es el juego, aunque asumamos que no va a ser posible alcanzar lo que pretendíamos. Pensemos en Jesús, de quien tantos nos llamamos seguidores. ¿Transformó el mundo? Pues podemos decir que sí, siempre y cuando vivamos de estar husmeando permanentemente la presencia del Reino en medio de nosotros, porque si es por las evidencias más bien habría que decir que no. Esto es así, nos lo creemos o no, vivimos de rumor de ángeles, de parábolas, como en el Evangelio: la semilla está plantada, ahí está muriéndose para poder dar fruto, no viéndose, oculta. El cambio ya está aunque no lo veamos. Y sin embargo a veces también podemos apreciarlo actuando ya en nosotros mismos, nos damos cuenta de que vivimos en transformación. Por ejemplo, en lo que hemos hablado del tema de la contraculturalidad, se trata no de evidencias sino de colocarnos en otra dimensión, en un "hacer como si...", en el "ya sí pero todavía no" del Reino. A Jesús también se le presentaron otras maneras, las de las tentaciones, pero no optó por la eficacia sino por la fecundidad.

Pues bien, en la universidad hay modos de intentar plasmar todo esto, hay que intentarlo y ver hasta dónde se llega. Por ejemplo, hay maneras de decir "esto es lo que yo quiero, vamos a ver lo que quieren los demás", y contrastar cuánto de lo que quiero puede salvarse en eso que quieren los otros. ¿Y si además, independientemente de los resultados, la transformación de la Universidad es lo que nos pase a los que allí estamos mientras dialogamos y nos ponemos de acuerdo? Si de vivir cada cual a lo suyo pasamos a dar algún paso juntos en una misma dirección, puede que no hayamos alcanzado el cambio estructural, pero ya hay transformación. No quiero ponerme dramático, pero he vivido recientemente la experiencia de la enfermedad de una persona joven, que ha luchado lo indecible por salir adelante pero que acaba de fallecer con diecinueve años, después de casi cuatro años de lucha. Podría pensarse que su muerte ha sido un fracaso, con toda la vida por delante y todo ese sufrimiento en balde, pero ves que sus compañeros y amigos se lo han tomado de una determinada manera, que han estado allí todo juntos empujando, que se ha conseguido que una entidad de trasplante y donación de médula haya adquirido un poco de vigor, que ha muerto rodeado de la familia y de los amigos... Si

nos fijamos en todo esto puede que empecemos a cambiar la idea sobre su fracaso, pues hay muchos frutos muy valiosos que han quedado, que no han muerto. Su vida no habrá sido eficaz, pero sí desde luego transformadora. Habría que ser capaces de darnos cuenta de esto no sólo en situaciones tan desgraciadas sino en el día a día, hay que darse cuenta de que ya hay cosas que están pasando, que algo ya está aconteciendo cuando de verdad ponemos en juego nuestras aspiraciones. Gracias a nosotros o a pesar de nosotros, pero siempre seguro que lo que quede de lo que hacemos será porque tiene amor. Todo lo demás se irá al agujero de tu cansancio, de tu limitación, de tu imperfección, de tus compañeros, de tu manipulación, del poder el sistema... Todo menos esto otro, que seguro que permanece.

P Hay una expresión que en el esquema, hablando de las limitaciones ajenas, que dice que los otros son limitación para nuestras pretensiones, pero pones entre paréntesis "voluntarias".

R. Sí, porque hay un nivel previo de limitación involuntaria que es la imperfección. El otro es como yo, igual de zoquete. Ante eso hay que tener mucha paciencia, relativizarlo, preguntarse por qué es así y luego fijarse en cuánto de malo es que él sea así de imperfecto. Esa es un tipo de limitación que no tiene que ver con la voluntad. Pero hay veces en la que yo digo que hay que ir hacia la izquierda y el otro voluntariamente dice que hay que ir a la derecha, y como hay que tomar una decisión el otro me limita, es una limitación para mí porque yo quisiera ir por un lado y él dice que vayamos por el otro. Aquí ya no es que el otro sea imperfecto, sino que voluntariamente se me opone porque tiene un punto de vista o perspectiva diferente, porque consciente y voluntariamente dice otra cosa. Eso es distinto a la imperfección, no es uno cometa un error, no es que se haya equivocado al hacer un cálculo. Es alguien que como tú ha analizado las cosas y tiene un criterio distinto al tuyo, se opone, es una limitación para lo que quieres hacer. En nuestros trabajos seguro que encontramos gente que voluntariamente se nos opone. Pero eso no quiere decir que sean imperfectos (aunque también lo sean), sino que son limitación a nuestras aspiraciones. No son malos, es que tienen otro criterio y simplemente por eso se nos ponen en frente y nos limitan.

P Volviendo al tema de las autolimitaciones, decías que la situación o la cultura actual nos propone una serie de cuestiones, y creo que una de las ideas que se nos está vendiendo tiene que ver con la potencialidad, porque nos dicen todo lo que podemos llegar a ser, lo que somos capaces de hacer. Frente a eso tendrían sentido las autolimitaciones, y me gustaría pedirte una reflexión sobre los criterios para elegir. Dices que hay que intentar decir no a algo, pero ¿a qué decir no?, ¿hay que decir sí hasta que se cubre un cupo y luego ya debemos decir que no?, ¿o tengo que haber elegido lo que quiero hacer? No tengo claro cómo lidiar con eso, porque si decimos que no a muchas cosas puede ser que eso nuble todo el talento que tenemos y lo estemos desaprovechando...

R. Si quiero ser coherente con lo que pretendo decir cuando propongo decir “no” y decir “basta”, tendría que ser capaz en alguna ocasión de decir “no” incluso a aquello que cumple todos los criterios para que mi respuesta fuese un “sí”. De eso modo nos podríamos dar cuenta de que lo que está en el fondo no es lo que nos llena la agenda, ni lo que soy capaz de hacer bien, ni aquello a lo que me he comprometido, o ni siquiera lo que ayuda a los más necesitados. Porque incluso cuando hubiese algo que fuese de ese tipo, si realmente me creo lo que digo, tendría que llegar a decirle “no” también, aunque cumpla todos los criterios que haya querido poner, porque el problema no está en la respuesta concreta que yo doy, sino en introyectar, en asumir, en convertir en parte de mi propio ser esa capacidad de ascética, de autolimitación de decirme “no” a mí mismo e incluso a las cosas a las que creo que no se puede decir que no. Si no estamos dispuestos a esto entonces es posible que caigamos en trampas, como convertir en un “no” aquello que no quiero hacer. Hay que ser capaz de decir también que “no” a aquello que es lo que debería hacer, lo que responde a mi ideal, lo que se adecua mejor a las cosas que yo quiero hacer y a mis propios ideales, porque incluso Aquel que pasó por el mundo haciendo el bien no solucionó el problema del hambre, ni el de la pobreza, ni el de la enfermedad... Sólo curó a unos veintisiete poco más o menos, y dio de comer a cinco mil pero sólo un día. Si incluso Él hizo sólo eso, ¿que nos querrá decir ahí? Es otra versión del cuento de la frutería de Dios: ¿Nos enseñó Jesús la fruta perfecta o la semilla? Estoy convencido de que la semilla, aunque yo, indigno servidor, aspire tantas veces a ofrecer la fruta perfecta. Pero no debe ser así, tenemos que optar por las semillas, y es que no va a poder ser de otra manera, no podemos aspirar a más de lo que hizo Él... ¡ni siquiera yo, que soy de Bilbao!





Pza La Seo, 6 - 2º Despacho 206
50001 • Zaragoza
zaragoza@profesionalescristianos.com

vida profesional



Delegación de Evangelización y Catequesis.
Pastoral universitaria y de Profesionales.

vidaprofesional



www.
profesionalescristianos
.com